

el freno saludable que le habia sido impuesto ; lejos de alterar la verdad, estos descarríos le suministraban la ocasion de un triunfo mas completo. La Iglesia no rechazaba la discusion : ella convocaba sus concilios, asambleas imponentes de prelados venerables y de doctores eminentes y les sometia el exámen de los mas graves problemas, promovidos por las ciencias ó por el orgullo con mas frecuencia. Allí se esponian sencillamente las cuestiones, se esclarecian las dudas y se apartaban los sofismas. La verdad, despejada de las nubes con que se la habia querido oscurecer aparecia en todo su esplendor, y la Iglesia la promulgaba en fórmulas simples, precisas é inatacables. Su decision hacia ley y cerraba la discusion. Todo el que se sometia, permanecia en el arca de salvacion, el que resistia tenia que perecer tristemente en el océano de la contradiccion y de la duda.

La Iglesia, desde su nacimiento, no habiendo cesado de darse por intérprete de la verdad divina, ha resuelto durante la sucesion de los siglos, las mas altas cuestiones del órden moral. Ella intentaba, es necesario confesarlo, una difícil prueba, y á la cual, si el auxilio divino le faltaba, debia sucumbir muy pronto necesariamente. ¿Qué sucedió, sin embargo? ¿Ha dado la Iglesia un solo paso en falso en toda su carrera á través de los siglos? ¿Hay una sola de sus decisiones que se pueda acusar justamente de error? ¿No es necesario reconocer por el contrario que durante las épocas de refinamiento dialéctico, como en las edades de grosera ignorancia, nunca ha faltado á su santa mision ; que siempre, aun humanamente hablando, ella ha consagrado las opiniones mas plausibles, mas sociales, y que el tiempo lejos de volver contra ella los datos de la esperiencia, no ha hecho mas que atestiguar la infalibilidad de sus juicios, á la vez que ha puesto de manifesto incesantemente la nada de las pretensiones orgullosas de la razon individual? De otra manera, ¿habria podido ella constituir y desarrollar ese hermoso cuerpo de doctrina que se llama la *unidad católica*, y al pié del cual han venido

á humillarse los mas grandes genios y á espirar sus enemigos mas audaces y encarnizados?

El emperador Napoleon cuya grande alma se conmovia tan vivamente por todo lo que llevaba el carácter de una fuerte y majestuosa armonía, no ha podido menos de pagar un tributo de homenaje al principio de la unidad de la Iglesia. “Es necesario, decia, un gefe para todo, en todas las cosas. No hay institucion mas admirable que aquella que mantiene la unidad de la fé, y evita, al menos cuanto es posible, las contiendas religiosas. Nada hay mas odioso que una multitud de sectas disputándose, invectivándose y combatiéndose. La disputa es propia de la ciencia, ella la anima, la sostiene, la conduce á los descubrimientos : pero la disputa en puntos de religion, ¿á qué conduce sino á la incertidumbre, á la ruina de toda creencia? El exámen en objetos de ciencia, la fé en materia de religion, he aquí lo verdadero, lo útil. La institucion que sostiene la unidad de la fé, es decir al papa, guardian de la unidad católica, es una institucion admirable; para el gobierno de las almas, es la mejor, la mas benéfica que se podia imaginar.”<sup>1</sup>

Quando la Europa fué invadida y renovada por las hordas bárbaras, obtuvo del cielo un insigne favor, que no se puede comparar sino con el privilegio de eleccion concedido en otro tiempo al pueblo hebreo. Sobre su suelo fué donde se fijó la piedra fundamental de la unidad católica : en su seno latió el corazon de la Iglesia, y ella resintió mas inmediatamente la influencia de su vida y de su caridad. Los nuevos pueblos que la componian fueron muy pronto producidos en Jesucristo, y este nacimiento espiritual fué el primer gérmen de toda su grandeza futura. La Iglesia, como madre tierna y solícita, veló constantemente sobre sus primogénitos ; ella se hizo su nodriza y su maestra : sin omitir ningun cuidado les formó con sus propias manos segun el modelo que se le habia mostrado ; les distribuyó con proporcion el alimento del alma, y

<sup>1</sup> Historia del Consulado y del Imperio, tom. III, pág. 218.

los siguió paso á paso en su desarrollo para modificar su accion segun los progresos y las circunstancias. Atenta á todos los peligros que les amenazaban, acudia al punto para desviarlos de sus cabezas. Ella rechazaba con el mismo ardor á los enemigos interiores que á los exteriores. Estando siempre armada contra las sutilezas del espíritu herético, combatia á la vez las supersticiones del espíritu bárbaro. Sabia, cuando era necesario, hablar como señora, confundir la mala fé, comprimir la brutalidad, dominar el poder; y esto solo por la virtud de la autoridad moral de que Dios la habia hecho depositaria. "Era una bella soberanía, ha dicho un autor protestante, la que los Inocencios y los Gregorios osaron fundar sobre el pensamiento. Ella no pesaba sobre los hombres sino para ilustrarlos y no para envilecerlos. Respetadme, obedecedme, decia, y en cambio os daré el orden, la ciencia, la union, la organizacion, el progreso y aun, cuanto sea posible, la calma y la paz. La barbarie y la ferocidad universal, tendian á desorganizarlo todo; pero ella hacia que todo reviviese: la fuerza del espíritu obligaba á la fuerza bruta á doblegarse ante ella. De todos los triunfos que la inteligencia ha alcanzado sobre la materia, éste tal vez es el mas sublime. Cuando la ley, muda y prosternada bajo la cuchilla, se arrastraba en un fango ensangrentado, ¿no era una cosa admirable ver á los tiranos cubiertos con sus armaduras, rodeados de sus soldados, suspender su venganza y sentirse como heridos de impotencia? ¿Y á la voz de quién? A la voz de un pobre anciano que habitaba una ciudad lejana, con dos batallones de malas tropas y poseyendo apenas algunas leguas de un territorio disputado!"<sup>1</sup>

Sometida á esta alta, firme é inteligente direccion, la Europa marchó con un paso rápido y continuo en la vía del progreso. Animada de un principio vivificante, creció llena de fuerza y lozanía como un árbol por cuyas fibras corre una savia vigorosa. A medida que adelantaba en edad, en poder

<sup>1</sup> *Revista británica*, Abril de 1836.

y en sabiduría, veia romperse algunos de sus lindes, caer algunas de sus trabas y estender mas lejos su horizonte. Desde entonces no ha tomado descanso, no ha querido detenerse en ningun punto de su carrera ascendente. . . . sobre ella se cernia un ideal de perfeccion divina que estimulaba su ardor, que aun sin saberlo, la escitaba á elevarse siempre para llegar á él. La luz evangélica la rodeaba por todas partes y ella sacó de este foco divino sus leyes, sus instituciones, sus costumbres, sus artes y sus ciencias; ella las perfecciona rápidamente y las reviste de un lustre de moralidad, de santidad, de humanidad, que no conoció jamas el mundo pagano. Bajo la influencia de la Iglesia, por sus cuidados, por su vigilancia y por su doctrina, esta Europa, otro tiempo semi-bárbara, no cesó de elevarse, de ilustrarse, de ennoblecerse, y vino á ser, en recompensa de la sumision y del respeto que le tributara, la gloriosa reina de la civilizacion y del mundo.

¿Cuán diferente hubiera sido su suerte si esta divina maestra no hubiera descendido á ella? ¿Qué habria hecho de esas muchedumbres inciviles y feroces que cubrian la superficie de su suelo? ¿Ah! la sociedad que conocieron durante largos siglos las selvas de la Germania seria la única que ella conoceria hoy, si no es que la mezcla del elemento pagano con el elemento bárbaro, despues de haber corrompido las nuevas razas, las habria reducido al estado de esos restos de pueblos que vagan á traves de los bosques en las islas perdidas en el océano. "¡O Santa Iglesia de Roma! esclamaba el conde de Maistre, tus pontífices serán en breve proclamados universalmente los agentes supremos de la civilizacion, y creadores de la monarquía y de la unidad europeas; los conservadores de las ciencias y de las artes; fundadores, protectores natos de la libertad civil, destructores de la esclavitud, enemigos de la tiranía y del despotismo y bienhechores del género humano!"<sup>1</sup>

En su expresion mas elevada y como sociedad moral, es

<sup>1</sup> Del Papa.

como la Iglesia debe considerarse como una institucion saludable y divina. En ella reside únicamente el principio cierto de toda ley y de todo deber; por ella sola ha vuelto á estar la tierra en relacion con el cielo; por ella los hombres de todas las razas y naciones están unidos entre sí; por ella saben lo que son, de dónde vienen y cuál es su final destino; fuera de ella no hay mas que dudas, conjeturas, divisiones; nada es seguro; nada está sancionado; nada es verdaderamente obligatorio; toda inteligencia flota en el vacío de sus incertidumbres, toda libertad vaga á merced de sus caprichos. ¡Razon orgullosa! ¿qué sabrias tú de Dios, qué sabrias del hombre ni qué de la vida presente y de la vida futura? Escucha las palabras con que espresaba su desesperacion uno de tus mas ardientes adeptos. “Yo amo la verdad, yo la busco y no puedo reconocerla! Nosotros no sabemos ni lo que somos; no conocemos ni nuestra naturaleza, ni nuestro principio activo: misterios impenetrables nos rodean por todas partes, están mas allá de la region sensible; para penetrarlos creemos tener la inteligencia y no tenemos mas que la imaginacion. Cuando los filósofos se hallen en estado de descubrir la verdad, ¿quién de entre ellos tendrá interés en ella? ¿Dónde está aquel que por su gloria no engañaria de buena gana al género humano?”<sup>1</sup>

Ved ahí de qué perplejidades y angustias es víctima la humanidad, cuando abandonada, sin timon, sin brújula ni piloto fluctúa sobre el mar proceloso de las opiniones racionalistas; he ahí el destino que la espera fuera de la Iglesia. Mas si ella se arroja en los brazos de esta madre llena de gracias y de caridad, todo cambia de aspecto: á la inquietud succede la seguridad, á la duda la fé, al aislamiento la union, á la division la unidad. Los hijos todos de Adán, dispersos en los cuatro ángulos de la tierra, tienen un centro comun donde pueden encontrarse y abrazarse fraternalmente en Dios. Allí hallan, en su pura fuente, lo verdadero, lo bello y lo bueno, alimento de su alma y regla de su libertad: ellos reciben es-

<sup>1</sup> Rousseau, *Emilio*, tom. III.

tos preciosos dones de esa mano infalible, en la cual los pusiera el mismo Jesucristo, Verbo eterno, espresion primordial y auténtica de la legislacion soberana. Desde entonces la ley es sagrada, única, igual para todos; ella previene una sumision completa, un respeto absoluto; sumision y respeto que nada tienen de humillante para la naturaleza humana, pues que se dirigen á la verdad increada, á Dios mismo, á quien son debidas las alabanzas, los homenajes, las adoraciones de todas las criaturas en el cielo y en la tierra.

“¡Oh Iglesia Romana!” repetiremos nosotros con el piadoso arzobispo de Cambray; “¡oh ciudad santa, cara y comun patria de todos los verdaderos cristianos! No hay ya en Jesucristo ni griegos, ni escitas, ni bárbaros, ni judíos, ni gentiles: todos forman un solo pueblo en vuestro seno, todos son conciudadanos de Roma y todo católico es romano. ¡Oh Iglesia desde donde Pedro confirmará para siempre á sus hermanos; que yo me olvide de mí mismo antes que os olvide jamás! ¡Que mi lengua se seque en el paladar y se quede inmóvil, si vos no sois hasta el último suspiro de mi vida el principal objeto de mi alegría y de mis cánticos!”

### CAPITULO XXXIII.

#### Gran rebelion del espíritu filosofico pagano contra el reinado de la Cruz.

Despues de haber anunciado y descrito la espantosa ruina de Roma, el apóstol San Juan, penetrando mas lejos en el porvenir, arrojó una mirada profética sobre los destinos futuros de la tierra. “Yo ví, dijo, descender del cielo un ángel